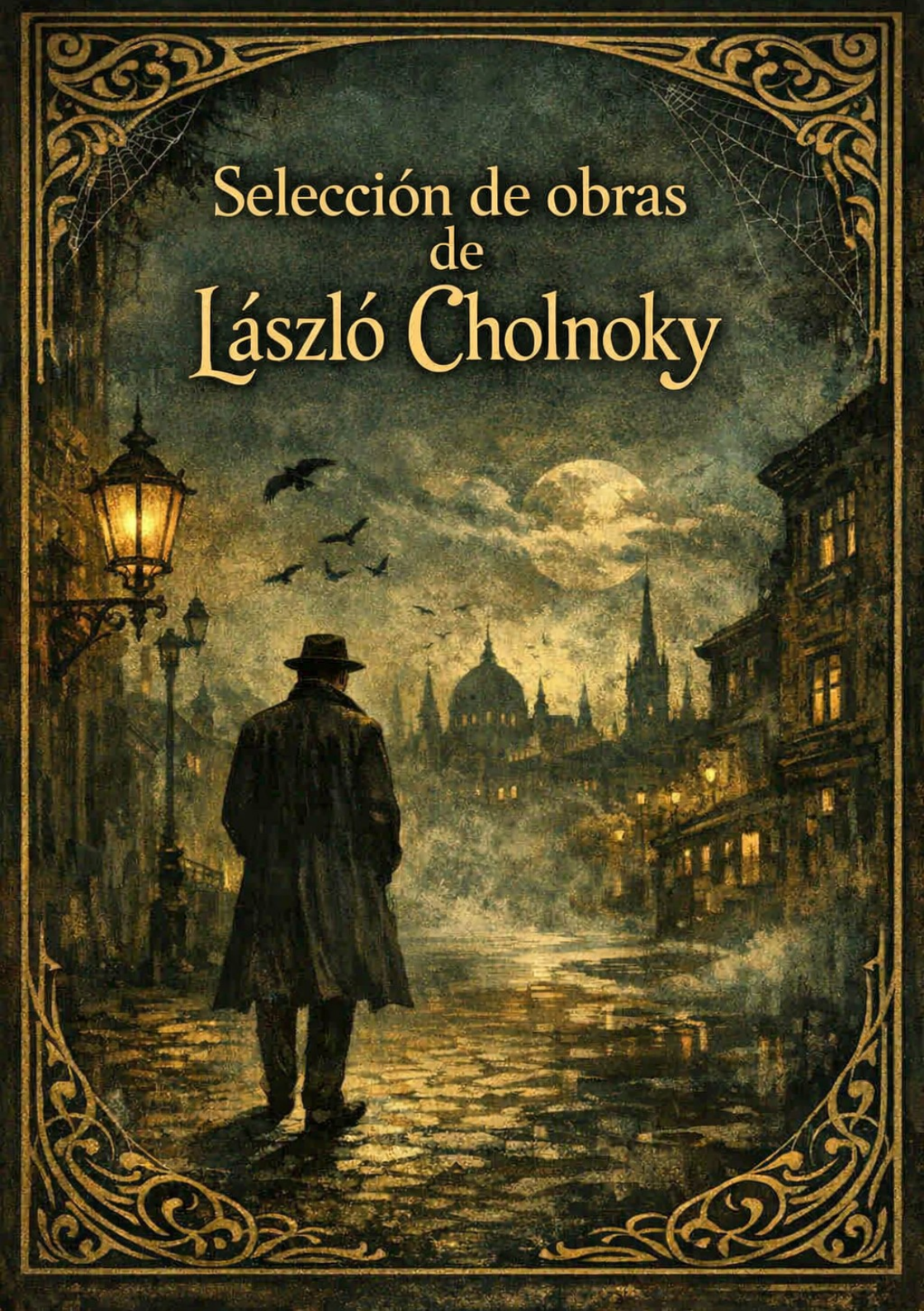
Selección de obras
de
László Cholnoky

László Cholnoky
(1879–1929)

# Selección de obras de László Cholnoky

Traducido por:
Petra Szabó
sz.petra888@gmail.com

2026.

Workshop of Forgotten Books

https://workshop-of-forgotten-books-5687e1.webnode.hu/

**Todos los derechos reservados**

El „Taller de Libros Olvidados” es un archivo digital multilingüe dedicado a redescubrir obras literarias antiguas, principalmente húngaras. Su misión es preservar, hacer accesibles y transmitir aquellas historias que, de otro modo, se desvanecerían lentamente de la memoria cultural. El proyecto funciona como una iniciativa independiente y autónoma.

# *Tabla de contenidos*

Acerca del autor

La señorita Galbory

Psiquiatría

Mi caja

El demonio

## *Acerca del autor*

László Cholnoky (1879–1929) fue uno de los discretos outsiders de la literatura húngara de fin de siglo. Trabajó como periodista y editor, casi siempre en circunstancias modestas, observando con una sensibilidad poco común los movimientos ocultos del alma humana.

En sus relatos, una fina sombra de melancolía, anhelo o inquietud se desliza siempre detrás de lo cotidiano. Sus personajes son vulnerables, solitarios, a veces perdidos —y precisamente por eso, profundamente humanos.

Cholnoky no fue un escritor de grandes gestos, sino un maestro de los dramas interiores más sutiles: las pequeñas fracturas, las emociones no dichas, los temblores silenciosos del alma. Sus piezas breves poseen una delicadeza que inquieta y conmueve al mismo tiempo.

# *La señorita Galbory*

La señorita Galbory era institutriz en casa de mis tíos.

Se ocupaba de educar a mi hermanita, Jolán, pero con escaso resultado, pues la niña era terca, caprichosa y de carácter indómito. En ello tenía gran parte de la culpa Sári Várhalmy, hija del viceconde. Esta, en efecto, se mostraba excesivamente cordial con la pequeña, a pesar de la gran diferencia de edad entre ambas. Tal vez no fuera sino un afán de llamar la atención por parte de la joven Várhalmy, pero lo cierto es que, cuando Jolán no era más que una chiquilla de trece años, ya la trataba como a una amiga. Y por entonces Sári Várhalmy era la primera dama de la comarca, cuya amistad codiciaban no pocas mujeres.

Debo decirlo: mi hermana Jolán era una auténtica tirana. Creo que estaba firmemente convencida de que no existía en el mundo entero una joven más perfecta, más inteligente ni más hermosa que ella; o, si acaso, sólo una: Sári

Várhalmy. Y aferrada a esa convicción, se mostraba tan presuntuosa, tan desenvuelta y ruidosa, que a veces resultaba francamente odiosa incluso mirarla. Y sus padres, cegados por el amor paterno, jamás le dirigían una sola palabra de reproche. Y eso que ya empezaban a acumularse demasiadas faltas en su haber.

Porque a una persona inmadura y consentida se le pueden perdonar muchas cosas con la esperanza de que algún día entre en razón. Pero todo tiene un límite. Y lo que Jolán hacía con su institutriz, la señorita Galbory, sobrepasaba con creces ese límite.

Afortunadamente, su dominio llegó a su fin. Justamente en el mismo momento en que Sári Várhalmy se volvió casi imposible en nuestra casa.

Pero es precisamente esa historia la que vamos a contar aquí.

La señorita Galbory era una de las criaturas más desdichadas que Dios ha creado.

Si comienzo su descripción diciendo que su rostro era maravillosamente bello, todos se sorprenderán, pues tal cosa no suele contarse entre

las desgracias. Y, sin embargo, puedo añadir que su figura era perfecta y su saber casi sin igual. Y, aun así, la señorita Galbory era profundamente desgraciada. Porque, junto a todas esas cualidades excepcionales, tenía un defecto: cojeaba de una pierna.

Sí. En el pie derecho debía llevar un zapato de suela tan gruesa como si caminara sobre una caja de puros. Todo el mundo conoce ese tipo de calzado. También se sabe que el espacio interior entre ambas suelas está relleno de corcho, para aligerarlo: una madera blanda y porosa, como la de los tapones. Y como, además, la pobre señorita Galbory arrastraba ligeramente esa pierna, Jolán la había apodado – por supuesto – «Sacacorchos».

Recuerdo con toda claridad – aunque han pasado ya diez años – que la señorita Galbory, cuando estaba sentada, era de una hermosura extraordinaria. Sus ojos azul oscuro estaban sombreados por largas pestañas castañas, y su cabello rubio dorado relucía bajo la luz del sol. Pero en cuanto se levantaba, toda aquella belleza desaparecía de inmediato: nadie veía ya sus ojos ni

su cabello, sino únicamente que una de sus suelas era mucho más gruesa que la otra.

Y, además, la señorita era la encarnación misma de la dulzura. ¡Cuánto soportó de la inmadura Jolán, y también de Sári Várhalmy, que acudía casi todos los días a casa de mis tíos! Aquella joven hermosa y orgullosa mortificaba continuamente a la señorita Galbory, igual que a cualquiera que se acercara a su entorno; pero a ella aún más, pues en ella encontraba con mayor facilidad un punto vulnerable.

Ya entonces lo creía, y ahora lo sé con certeza: la hermosa Várhalmy trataba con tanta dureza a la señorita Galbory por una envidia instintiva. Sin duda ella misma percibía que no podía compararse con ella en belleza, y mucho menos en cultura.

Sobre todo se volvía odiosa cuando el conde Szentirmay se hallaba presente, pues el conde, que siempre veía a la señorita sentada, según recuerdo ahora, se interesaba mucho más por la señorita Galbory que por Sári Várhalmy.

La hija del viceconde intentó en muchas ocasiones, de forma despiadada y grosera, aludir al

defecto físico de la institutriz, pero fue en vano. El conde no prestaba atención o no comprendía las insinuaciones. Ya entonces, siendo apenas un niño, veía que aquello no podía acabar bien.

Nada tenía yo que ver con el asunto, pero aun así no podía evitar inquietarme cada vez más, temiendo el momento en que arruinarían por completo a la pobre señorita Galbory; digo «arruinarían», porque la pequeña Jolán, naturalmente, seguía siempre las indicaciones de la joven Várhalmy. Estaba convencido de que así sucedería.

Y, sin embargo, ocurrió exactamente lo contrario.

Un día, con motivo del santo de mi tía, se reunieron muchos invitados en casa de mis tíos. Entre ellos, por supuesto, Sári Várhalmy. Y también el conde Szentirmay. Y yo mismo estaba presente; vi con mis propios ojos lo sucedido.

Después de la merienda bajamos a la pista de tenis, donde los mayores comenzaron a jugar. La joven Várhalmy se las arregló para quedar en el mismo grupo que el conde; Jolán se situó frente a ellos. Creo que ya habían preparado el plan de

antemano. Las madres y los tíos se sentaban junto a la pista, y allí estaba también la señorita Galbory, quien, pobre, había logrado ocultar de algún modo su cojera al conde durante la bajada.

El juego estaba en pleno apogeo cuando, de pronto, Jolán – sin duda deliberadamente – golpeó la pelota de tal modo que rodó directamente hasta los pies de la señorita. El conde quiso acudir, pero Sári Várhalmy, como si no se diera cuenta, lo detuvo. Y entonces Jolán gritó, insolente y con tono imperioso:

– ¡Señorita! ¡Recójala! ¿Es que no ve?

La pobre señorita Galbory se puso roja como una rosa, pero en el instante siguiente una palidez mortal cubrió su rostro. No tuvo más remedio: cojeando, se acercó a la pelota y la recogió.

Sári Várhalmy y los jóvenes de la comarca que la acompañaban sonreían con una mueca estúpida.

El conde miraba a la señorita con asombro alarmado; había advertido su cojera. Luego dirigió la mirada alrededor y vio también las sonrisas. Frunció el ceño con irritación y, en el instante siguiente, arrojó su raqueta, dio la espalda a Sári,

se acercó a la señorita y, tomándola del brazo, la condujo a la casa.

Un silencio incómodo se apoderó de la pista.

Al cabo de unos diez minutos, el conde regresó. Se acercó a mi tío y, en voz alta, para que todos oyeran, dijo:

– Doctor, tengo el honor de pedirle la mano de la señorita Galbory.

¡Ah, cuán pálido estaba el rostro de la hija del viceconde!

Desde entonces no volvió a cruzar el umbral de la casa de mis tíos.

Y con ella desapareció para siempre el poder de la pequeña Jolán. En lugar de la señorita Galbory recibió una vieja institutriz inglesa, que la puso tan en vereda que ya no se atrevía ni a rechistar.

## *Psiquiatría*

El doctor Wolf, profesor de psicología, se refugia en la taberna Espejo de Oro, porque de pronto se ha desatado la lluvia y no lleva paraguas. Nunca ha estado allí, por lo que se mueve con cierta inseguridad; busca un sitio adecuado. Pero precisamente a causa de la lluvia otros también han entrado, y todas las mesas están ocupadas. Sólo una parece conveniente: en ella está sentado un joven de rostro muy triste. El doctor se acerca, dice buenas noches y, con cierta timidez, toma asiento.

El joven triste asiente con la cabeza.

Este doctor Wolf es un auténtico maniático de la psiquiatría. Por las mañanas, mientras se viste, se contempla durante minutos en el espejo, frunce severamente el ceño y luego se observa con mirada inquisitiva; en suma, se ejercita para sus investigaciones. Durante el día, investiga. A cualquiera que el azar ponga en su camino le escudriña el alma sin piedad. Ya ha tenido brillantes éxitos. Así, en cierta ocasión, observó a

un hombre que, en un café, permanecía sentado con los ojos cerrados, balanceando la cabeza, con el rostro ceniciento; tras una breve observación, determinó que no estaba ciego, sino dormido, probablemente a causa del abuso del alcohol.

El joven triste está bastante bien vestido, aunque su ropa muestra ya cierto desgaste. Su rostro es melancólico; mira al vacío con desaliento. Ante él hay una copa de vino, que a simple vista parece excelente, pero apenas la toca, y cuando lo hace, sólo roza el líquido con los labios. La mano –que no está del todo limpia– la oculta cuidadosamente.

En la mesa vecina están sentados dos: un hombre y una mujer. El hombre es elegante, incluso demasiado elegante, con cierto aire de pícaro. De la mujer se advierte de inmediato que no es una monja carmelita. Fuma y, de manera ostentosa, aparta la cabeza de las volutas de humo. Porque las mujeres no expulsan el humo como los hombres: se retiran de él.

El doctor observa con enorme interés al joven triste. Piensa:

– No cabe duda de que es un caballero arruinado o caído en desgracia. He ahí: seguramente ese es el último dinero que le queda, y aun así bebe poco, pero vino fino. En su ropa, aunque gastada, se percibe la calidad del tejido. Le queda algo holgada: antes debió de vivir con holgura; sin duda era más robusto. Esa mano que está más cerca de mí la oculta constantemente, y bebe más bien con la izquierda, porque no la tiene del todo limpia. Esto también es un pudor de caballero. Ahora bien, la cuestión es si se ha degradado o si ha caído en esta triste situación sin culpa propia. Pero incluso en esto estoy seguro. El hombre degradado se vuelve desafiante, cínico, incluso provocador frente a los demás, que llevan una vida ordenada. Y este, ¡con qué modestia, con qué tristeza mira! No, ya no hay duda: es un caballero empobrecido cuyo espíritu aún no se ha corrompido. Siento que es mi deber acudir en su ayuda con mis conocimientos. Le hará bien que le diga a la cara que se ve quién es y qué le ha ocurrido. ¡Veamos!

Se aclara la garganta y, con afabilidad, pregunta:

– ¿Verdad que usted también ha entrado para resguardarse de la lluvia?

El joven triste alza la cabeza con nerviosismo, mira atentamente al doctor y responde:

– Sí.

El doctor se siente ligeramente reconfortado por ese primer «sí». Sólo le irrita que la muchacha que fuma esté sonriendo. Su acompañante habrá dicho alguna tontería.

El doctor siente que ahora debe ser muy discreto y delicado. Pero tampoco quiere perder la oportunidad de que los vecinos oigan lo que dice y sean testigos del triunfo de la psiquiatría. En voz baja, con cautela, pregunta:

– Y… y… ¿usted ya ha cenado?

El joven vuelve a mirarlo nervioso y, con voz apagada, vacilante, responde:

– Sí.

El alma del doctor se va llenando de calor.

– Le he obligado a mentir al pobre –piensa–, pero no importa. Voy por buen camino. Si no fuera un caballero de nacimiento, habría dicho que no ha cenado, e incluso se habría quejado, con la esperanza de que le pagara una cena.

Con incomodidad, pero procurando aún que los vecinos oigan, continúa:

– No me malinterprete, pero creo que esa cena, ¿cómo decirlo…?, no le ha sentado muy bien al estómago. Al fin y al cabo, no tiene nada de… es decir, claro, para mí es fácil decirlo, pero para usted, en quien se reconoce de inmediato al caballero… para usted la privación debe de ser dolorosa, y sin duda ha caído sobre usted sin culpa propia. Perdóneme, no me tenga por indiscreto, pero… ¿verdad que… el amor…?

Mira al joven con curiosidad, casi suplicante, pues siente que está realizando una obra maestra. El joven guarda silencio un instante, baja la mirada turbada y dice en voz baja:

– Sí.

El doctor se frota las manos, feliz. Sólo le molesta que la muchacha vuelva a sonreír. Pero que se la lleve el diablo. ¿Qué le importa a un Wolf la mueca de una cualquiera?

– No tome las cosas tan tristemente – lo anima con tono paternal. – A su edad, nada está perdido. Pero la tristeza es mala consejera; arrójela de su corazón. Hay una sola cosa verdaderamente

consoladora en el mundo: ¡el trabajo! Y también los golpes de suerte. Mire qué fortuna la suya haber coincidido esta noche conmigo, conocedor de las almas. ¡Así que a trabajar! Pero el hombre triste no puede trabajar. ¿Me promete que expulsará la tristeza de su corazón?

Vuelve a mirarlo expectante. El joven lo mira, no responde durante un rato y finalmente dice, forzado:

– Sí.

El doctor paga, estrecha la mano del joven triste, lanza una mirada despectiva hacia la muchacha que no deja de sonreír, y se dirige hacia la salida. Está orgulloso y satisfecho. Ya en el vestíbulo, pregunta al jefe de camareros:

– ¿Quién es ese señor con quien estaba sentado?

– ¿Ese? Es fogonero en el café Kammon. Pobre, es sordomudo; sólo sabe decir «sí». Si usted le pregunta: «¿verdad que es usted un animal?», también responde que sí. Nos hemos reído mucho a su costa. Y, sin embargo, es un trabajador magnífico. Tiene paralizada la mano

derecha, pero aun así apenas hay en Budapest un fogonero tan hábil como él.

El doctor se marcha algo desconcertado, pero en la calle se detiene, se lleva un dedo a la frente y exclama triunfante:

– ¡Ajá! ¡Ahora ya sé por qué se reía aquella muchacha! En fin… la psiquiatría…

## *Mi caja*

Otro habría escrito: mi habitación. Pero yo no puedo decirlo, porque aquello en lo que habito no es una habitación, sino algo más bien parecido a una gran cajita, una caja. En ella hay una cama, un tubo de la estufa y setenta y cuatro chinches. A estas ya las conozco por su nombre. Cada día presta servicio un grupo distinto: se turnan para picarme. Y a veces, hacia el alba, también estoy yo de guardia. Pero si estoy en casa, no se puede cerrar la puerta, porque mis piernas sobresalen. El señor Bolváry, el alguacil, ya desde el vestíbulo sabe que estoy en casa, porque ve mis pies. Entonces entra, embarga al grupo de chinches de servicio y se marcha. Y yo sigo durmiendo o contemplo los carámbanos que cuelgan del techo, los cuales, en tiempos más templados, son sustituidos por pequeños pantanos, diminutos lodazales.

Hacia el mediodía, mi patrona, una mujer israelita corpulenta, me rasca la planta del pie: ese es mi reloj de bolsillo, así sé qué hora es. Pero en

lo que respecta a otras necesidades, también se dan estos pequeños ardides, estas sustituciones. Por ejemplo: el lavabo queda perfectamente reemplazado por una antiquísima silla de mimbre, de la que una noche ventosa quemé los restos de caña. La función de la toalla la cumple la mitad de una sábana vetusta, y el candelero lo sustituyen las gotas de sebo con las que pego la vela al borde de mi cama.

Casi olvidaba decir que en mi caja también hay telarañas. ¡Y cuántas! Además, en la quinta grieta de la pared, a la derecha, viven tres cucarachas. Muchas veces las he observado en las noches silenciosas y he llegado a la convicción de que las tres son solteronas: son terriblemente flacas, tristes, y riñen mucho entre ellas. Sobre todo deduzco su condición por el modo en que menean la cabeza con desaprobación y refunfuñan cuando, por las noches, al volver a casa, exhalo olor a vino. En cambio, las chinches macho actúan de modo muy distinto en tales casos: se abalanzan sobre mí con alegría y me succionan una parte considerable del vino. Más de una vez me ha

ocurrido que, por la mañana, estaban ligeramente achispadas.

Y ahora he vuelto a olvidar algo, precisamente lo más importante. Pues en esta pequeña caja habita algo más. En mi caja vive la más terrible, la más desoladora de las soledades. No sabría decir cuándo se instaló definitivamente conmigo, porque antes sólo me visitaba de vez en cuando. Pero al final acabó acostumbrándose. Permanece acurrucada en el tubo de la estufa, porque dice que desde allí oye maravillosamente el aullido del viento nocturno, y no tiene frío, pues su corazón se calienta con la tristeza. Cuando estoy en casa tampoco se deja ver: espera a que encienda la vela de sebo, y entonces comienza a contar, en voz baja, susurrante, toda clase de historias maravillosas. Habla de antiguos jardines de pequeñas ciudades donde vagan alegres rayos de sol; luego habla de buenas madres que reían en silencio y hablaban con voz profunda en la tibieza de la habitación; habla de amores ardientes, abrasadores, que vuelven rosado el rostro y luminosos, brillantes los ojos. Y la voz del misterioso narrador se vuelve cada vez más tenue,

porque ahora cuenta historias de esposas y de hijos.

Cuando por fin su voz se extingue, hablo yo en mi duermevela:

– Desearía infinitamente ver a tus misteriosas gentes. ¡Qué extrañas deben de ser!

Y ahora viene la propiedad más maravillosa de mi caja. El misterioso habitante del tubo, la soledad, realiza una suerte de hechizo, y entonces mi repugnante nidito se ensancha y se transforma en un espléndido jardín florido bañado por el sol. Por los senderos arenosos, luminosos y fragantes, llegan las gentes de los cuentos. De algún lugar aparece arrastrando los pies el viejo maestro de escuela primaria, con un misterioso y significativo cuaderno oculto en el bolsillo; llega el viejo archivero, que siempre volvía a casa al mediodía, por las calles de la pequeña ciudad, con pasos idénticos, medidos al milímetro. Y aún no ha desaparecido entre los magníficos árboles floridos cuando ya oigo la voz profunda y suave de mi padre. Viene. A cada paso que da al acercarse, el jardín se va cubriendo de una penumbra crepuscular. Es ya completamente de noche

cuando se inclina hacia mí y dice con infinita tristeza:

– No puedo aliviar tu tristeza, hijo mío, porque llevo ya diez años muerto.

Se va. Aún oigo durante mucho tiempo el crujido de sus pasos sobre la arena.

De pronto, la penumbra del crepúsculo se extingue en un instante. Doce soles se encienden a la vez en el cielo, y sus rayos atraviesan el cuerpo rígido y pesado de la oscuridad. La luz resplandece, ondula sobre el jardín, y detrás del más espléndido arbusto de tamarisco surge un rostro de mujer. Me mira, y luego desaparece. Una oscuridad infernal cubre el jardín, y yo, para no ver aquella negrura, cierro los ojos. Entonces el misterioso narrador dice en voz baja:

– Se acabó.

Y yo respondo:

– Sí, todo ha terminado.

Y por la mañana, cuando despierto, en lugar de las gentes del cuento pululan a mi alrededor repugnantes chinches y cucarachas. No sé qué me impulsa: clavo mi cuchillo en el cuadro que cuelga sobre mi cama, en el que está pintada la divina

bondad. Porque eso también hay en mi caja, sólo que olvidé mencionarlo. Pero, en fin, ¿merece la pena hablar de tales cosas?

## *El demonio*

Mientras estaban sentados uno frente al otro, ante los ojos del hombre pasaban a veces velos nebulosos al pensar que aquella mujer – esa espléndida tigresa de blancura deslumbrante – era la misma con la que, quince años atrás, había podido jugar a esconderse durante horas en las frondosas arboledas de la ribera del Missouri. Entonces la llamaban Mildred, la muchacha de ojos de insecto, que hoy, sin embargo, recibe, bajo el magnífico nombre de Amarillis, una verdadera avalancha de cartas de amor. Desde entonces se habían reencontrado ahora por tercera vez: primero, hacía unas semanas, en el mundo de Amarillis, entre los bastidores de aquel lugar mitad teatro, mitad varieté, conocido simplemente como Burmans Gaily; y desde entonces el hombre había seguido sus huellas como un sonámbulo, impulsado no sólo por el antiguo amor, puro como un lirio, sino también por el deseo más doloroso y devorador.

Del hombro de alabastro de la mujer resbaló –no del todo por casualidad– la bata de seda rojo fuego: con sus ojos negros como el carbón, ardientes, contemplaba inmóvil al esclavo que se debatía ante ella. En su alma también resonaron por un instante las imágenes encantadas del pasado, pero la fría lucidez y la firme determinación forjada durante largos años las aniquilaron enseguida. Finalmente habló en voz baja:

– Lo compadezco, querido amigo, porque veo que sufre de verdad. Pero no puedo ayudarle: sin amor no me entrego a usted, antiguo caballero mío, y amarle… no le amo, quizá nunca le amé. No estamos hechos el uno para el otro: yo soy el hada libre y frívola de un mundo pintado; usted, un ciudadano sobrio y serio, si no me equivoco, el cajero principal del Metropolitan Bank…

Calló y, con gesto aburrido, jugueteó con el tapón tallado de su frasco de perfume. Pero de pronto algo acudió a su mente.

Sonriendo, como si bromease, pero en voz muy baja, dijo:

– Sin embargo, si de verdad la pasión lo consume tanto como dice, quizá habría un modo…

El hombre se sobresaltó; sus fosas nasales se dilataron como las de una fiera hambrienta.

– Pasado mañana –susurró Amarillis, bajando los ojos con una estudiada modestia– debo pagar cincuenta mil dólares antes de la noche, o me veré en graves dificultades. Si pudiera usted ayudarme, naturalmente yo tampoco sería ingrata…

El hombre paseó la mirada, como en un sueño, por los falsos tapices de la pared. Sabía que sus esperanzas se habían derrumbado, que se habían desvanecido en la nada, pero no podía moverse.

De pronto también a él se le ocurrió algo, y el corazón le saltó hasta la garganta. Cerró los ojos, y ante ellos flotó el cuerpo blanco de Amarillis, como tantas veces en su duermevela.

Su rostro no estaba pálido, sino de un amarillo ceniciento cuando dijo en voz baja:

– Amarillis, espéreme pasado mañana a las seis de la tarde.

Durante todo aquel día se sintió como si ya no fuera él mismo, sino alguien distinto, como si

un ser nuevo y extraño se hubiera instalado en su alma dentro de su propio cuerpo.

Cuando, al terminar la jornada, bajó con pasos rápidos y nerviosos la escalera alfombrada del banco, el dinero ya estaba en su bolsillo, pero sentía como si, en lugar de aquellos billetes suaves como la seda, alguien le hubiera metido en el bolsillo pesadas y toscas piedras de la calle. Intentó sonreír ante esa idea, pero al torcer la comisura de los labios sus dientes castañearon suavemente.

No regresó a casa para almorzar – era soltero y vivía solo; hacía lo que quería, a lo sumo la vieja Ursula, su ama de llaves, lo reprendería por la noche –, sino que se refugió en uno de los mejores restaurantes de la calle Dieciocho. Mientras, tras el magnífico banquete, exhalaba con deleite las serpientes de humo violáceo de su puro, grueso como el varal de un carro, trató de evocar con su imaginación ardiente el instante en que…

Pero no lo consiguió.

Al salir a la calle, la interminable hilera de edificios que se alzaban hacia el cielo y la marea humana que fluía a su alrededor comenzaron a

girar en torno a él como una gigantesca rueda oscura, y entonces pronunció en voz alta el estribillo del famoso poema de Edgar Allan Poe, El cuervo: «told the raven never more» – dijo el cuervo: nunca más –, aunque él mismo no sabía por qué lo decía ni cómo había acudido a su mente.

Cuando en la iglesia de los carmelitas sonaron las seis, subió apresuradamente al apartamento de Amarillis.

Al besarle la mano, ella apenas lo miró; por el tono de su voz, por la presión de su mano, él comprendió ya que todo había sucedido tal como debía suceder. Sonrió ante la sencillez y naturalidad de todo aquello.

El rostro del hombre, al entregar el dinero, se volvió de pronto gris plomizo. Era como el de los muertos de dos días, que ya no perciben la blancura de la carne femenina.

Amarillis arrojó descuidadamente el fajo de billetes sobre la mesa y clavó la mirada en los ojos del hombre. Sabía lo que había ocurrido, y entonces también ante sus ojos desfilaron de nuevo las arboledas que adornaban la ribera del

Missouri. Oyó voces antiguas, queridas, pero todo ello duró apenas un instante.

Se encogió de hombros y se preguntó en silencio:

– ¿Acaso pregunta el cazador al faisán si puede abatirlo? Por lo demás, eso me recuerda que me encanta el faisán asado.

Sonrió y, en señal de completa entrega, se quitó el magnífico broche de diamantes que sostenía su vestido sobre el pecho.

*Querido Lector,*

*Me alegra poder dedicarme a la traducción, y recibo con gratitud cualquier apoyo económico.*

*Si deseas contribuir a mi trabajo como traductora, por favor visita la página web* ***"Workshop of Forgotten Books"*** *a través del siguiente enlace para más detalles.*

*https://workshop-of-forgotten-books-5687e1.webnode.hu/*

*Con mi más sincero agradecimiento:*
*Petra Szabó*